

veinte, una *cuarentena* ya no se suele decir; porque *cuarentena* tiene una acepción muy usada en medicina y en higiene, y no se suele emplear en otra, para que no haya confusiones.

En fin, el caso es que el campesino llegó á su choza y su mujer le contó que toda su hacienda había sido destruida por las tropas.

Y hablando de la vega, dice Alvarez:

«Los caballos de un escuadrón habían dado buena cuenta de ella una noche que *se acostaron* sin haber comido nada en todo el día.»

No sería verdad que *se acostaran* los caballos. Si no habían comido nada, pasarían la noche comiendo. Si se hubieran acostado no hubieran destruído más de lo que cogieran debajo.

Y termina el señor Alvarez:

«Cuando la mujer concluyó el relato... de los *apretados* y *tremolosos* labios del campesino escapóse *vibrante*, *relampagueando de cólera*, esta expresión:

«¡¡Maldita sea la guerra!!»

Amén. Y las revistas americanas.

## XIII

## Se salvó el país.

Ya no hay hambre, ni miseria, ni carestía, ni pobreza, ni aflicción, ni dolor, ni angustia, ni estrechez, ni desamparo, ni ninguna de cuantas cosas de esta índole aparecen como sinónimas en el famoso diccionario de Roque Barcia.

La gente de León venía lamentándose de la aflictiva situación de la capital y de la provincia, pero ya esa aflictiva situación ha desaparecido gracias á... iba á decir gracias á Dios, como se acostumbra entre cristianos; pero no, á cada uno lo suyo, gracias á la Junta directiva de la *Sociedad Económica de Amigos del País* leonesa.

¿A que no saben ustedes lo que ha ideado esa señora Junta para concluir de un golpe con todas las calamidades?...

O como canta el bombero de *La canción de la Lola*:

¿Qué dirán ustedes  
qué es lo que ha inventao  
eza *Directiva*  
el jueves *pasao*?

— Habrá alcanzado del Gobierno una gran rebaja en las contribuciones...

— Habrá podido reunir fondos para constituir un depósito de granos de donde se hagan préstamos sin interés...

— Habrá promovido la construcción de varios caminos y puentes que, al par que respondan á una necesidad de todos sabida, proporcionen ocupación y jornal á los que no lo tienen...

— Habrá logrado la reedificación y repoblación de unos cuantos conventos, en donde, si no precisamente para este año, para los venideros puedan hallar los pobres...

— No se den ustedes de cabezadas, porque lo que es por ese camino no aciertan. Ha fundado un periódico...

— Pero...

Sí, señor; como no había en la capital más que otros tres, amén de los dos boletines oficiales, eclesiástico y civil, claro es que no valía nada ese número para una población de doce mil almas, y la Junta de la Económica

se ha dado una palmada en la frente y se ha dicho: ¡*Eureka!*... ó una cosa parecida, verbigracia: «Aquí está el busilis»; y diciendo y haciendo, ha lanzado á la luz el primer número de una revista.

¡Y qué número! Crean ustedes que es un señor número; y si no, con verlo basta.

Un número que comienza diciendo «que tres son en nuestros días los poderosos elementos civilizadores puestos á contribución por todos los pueblos cultos; elementos que están llamados á resolver los difícilísimos problemas naturales á todo período de gestión histórica (¡atiza!) ó de transición como el que atravesamos...»

Y luego... ¿cuáles dirán ustedes que son esos tres poderosos elementos?...

Pues la revista de la Económica asegura que esos tres poderosos elementos son la *cátedra*, las *exposiciones* y la *prensa*, con letra bastardilla... ¡dígoles á ustedes!...

Y no crean ustedes que se acaba con eso el chorro de ciencia de la Económica; al contrario, está comenzado, como quien dice, y continúa ampliando su pensamiento:

«...O sean las lecciones de viva voz que penetran simultáneamente en el sentimiento (¡) y en la inteligencia de un número limitado de gentes; el chocar de las civilizaciones

opuestas (i) donde se acumulan en reducido espacio los productos de la actividad humana, cantando (ii) el eterno *himno* (*¿de Riego?*) al progreso que traducen los seres (*¿el progreso ó el himno?*) en sus variados idiomas (!;i) y esa (*¿quién es esa?*) y esa á modo de *punto de apoyo* de Arquímedes que *inunda los ámbitos del Planeta con los fulgores del pensamiento* (iii!!!) y que hace patrimonio del público todas las inspiraciones sublimes del genio, que como los Profetas bíblicos (*¡ya escampal!*) camina á la vanguardia de la Humanidad (con hache grande) en esta peregrinación incesante hacia lo infinito...»

Infinito... infinito... infinito... precisamente es la palabra que emplea el sagrado libro del Eclesiástes para calificar el número de los... sabios de ahora.

Por lo que presagiaba muy bien ya en su tiempo Bretón de los Herreros, cuando, escribiendo á Ventura de la Vega, le decía:

«¡Y qué saber! Si Dios no lo remedia,  
Tendrá cada varon dentro de poco  
Montada en su nariz la enciclopedia.»

Feliciten ustedes por de pronto á nuestra ciudad por albergar en su seno tanta sabiduría, junto á la cual toda la del pobre Arquímedes viene á ser como el sol puesto.

¿Quién le hubiera podido meter en la cabeza al malaventurado mecánico que un *punto de apoyo* había de servir nada menos que para *inundar los ámbitos del Planeta con los fulgores del pensamiento?*

—¿Y quién les hubiera dicho á ustedes mismos que un par de botinas de casa de Quirós al lado de otro par de ellas de casa de Garzo, ó una libra de chocolate de Domingo Román colocada junto á otra libra de chocolate de la viuda de Pérez habían de llamarse *el chocar de civilizaciones opuestas?*

Y, sin embargo, para el sabio redactor de la introducción del flamante *Boletín-Revista* todo eso es la cosa más natural y más llana del mundo.

Pero no vayan ustedes á creer por eso que no sabe más.

«Sé más, doctor, mucho más», puede repetir la pluma redactora de ese prodigio con la ciegucecita de *Luz y sombra*.

Sabe, en efecto, hablar del «trabajo que trabajan», y sabe «que á la manera de que ninguna, fuerza se pierde en el mundo de la naturaleza, sino que el movimiento se traduce en calor, y el calor en luz, y el sonido es un problema de mecánica, y que la electricidad se genera por las mismas causas, y que hasta las misteriosas reacciones químicas

cas forman en nuestros días cierta especie de anillo eterno (¡ahora, ahora!) que incesantemente se mueve, sin que nada se pierda, ni se agote ni se aniquile, sino que transformándose...» produce una cosa así como «la educación del espíritu por el espíritu mismo.»

«¿Qué más habremos de decir?» pregunta un poco más abajo; y se responde él á sí mismo: «Nada».

Verdaderamente; y cuenta que por ahí debía Ud. haber comenzado.

Mas ¿qué adelantamos con que se acabara la introducción, si un poco más adelante viene un artículo primero de una serie, llamada entre paréntesis *ensayo*, con el título de *La arquitectura romántica y la Catedral de León*, que no desmerece en nada de lo antecedente ni en el fondo ni en la forma?

Este *trabajo*, bastante hinchado, tiene un poquitín de sabor á traducción del francés, pero en cambio tiene párrafos tan rimbombantes como este:

«El alma humana, el sér espiritual, el hombre, en una palabra, es el elemento en donde reside y se manifiesta lo absoluto.»

Aquí de Lope:

«—¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?  
—¡Y cómo si lo entiendo!—Mientes, Fabio,  
Que soy yo quien lo digo, y no lo entiendo.»

Porque, efectivamente, se puede asegurar que el autor no lo entiende tampoco.

¡Y pensar que para exhibir estas cosas ha tenido la *Directiva* de la Económica que alquilar un escritor, llamémosle así, distrayéndole de su oficio jurídico y obligándole acaso á hacer cinco en sus legales y retribuidas ocupaciones!

En las cuales tampoco será una lumbrera.

Pero regularmente no lo hará tan mal como lo hace metido á periodista.

Zapatero, á tus zapatos.

Carta sin sobre <sup>1</sup>.

*Palanquinos, cualquier día.*

Apreciable tocayo: Después de saludarte, paso á decirte que yo no sé si por aquello de *Interrogatio et responsio eodem casu gaudent*, que libremente traducido del latín, para que lo entiendas, viene á decir así como que para un Pascual bueno es otro, se han empeñado los señores redactores de *La Crónica* en que sea el repartidor y no ellos quien conteste á tus cartas de Azadinos.

Las cuales cartas, dicho sea de paso, no necesitaban llevar arriba la fecha, porque á lo que es cuenta, y según dicen los que lo entienden (que yo de esas cosas confieso fran-

---

<sup>1</sup> Dirigida á un fiscal metido á literato, que se firmaba *Pascual del Fuego* y fechaba sus lucubraciones en *Azadinos*, pueblo cercano á León.

camente que entiendo poco más que tú), sólo en *Azadinos* habían de ser escritas, no pudiendo haberlo sido con otra cosa que con el humilde instrumento agrícola que parece haber dado nombre al pueblo: vamos, con la azada.

Por lo que hace á la fecha de la mía, no es para que te extrañe, pues ya sabrás, porque te lo habrán dicho tus amigos los de la *Directiva* de la Económica, que hemos trasladado hace tiempo la redacción á este lugar, de donde si nos mudamos otra vez, será á Palencia, capital de una de las provincias limítrofes, ó á Barambio (Alava), ó á Cascante (Navarra), ó á Palos de Moguer (Huelva), y ábate no nos traslademos á Fresnedo, porque está visto que sólo desde alguno de los pueblos indicados se pueden contrarrestar ciertas sabidurías que nos invaden.

Basta de preámbulos y vamos al asunto:

He oído leer tus cartas y aun hacer sobre ellas algún comentario, aunque no tantos, ni con mucho, como tú te imaginas. Lo que es verdadero entusiasmo, puedo asegurarte que no han excitado en nadie más que en el Director del *Bernesga*.

¿Qué quieres? El mundo es muy ingrato y además muy necio, y deja pasar á lo mejor, sin hacerlas caso apenas, las cosas más nota-

bles. Esta reflexión moral que se me ha ocurrido, te consolará un poco.

Oi hablar algo acerca de tu persona y de tu verdadero nombre. Lo que nadie quiso creer es que hubieras sido fraile: eso no. Aun cuando no fuera una trasnochada majadería lo de la metempsicosis, con que vuelven hoy á dar ruido los espiritistas, y lo de las transformaciones darwinianas, última palabra de la *ciencia*, tú nunca has podido ser fraile: en esto convenían todos. Hay grados en la escala zoológica (hablo en vuestra jerga) que son perpetuamente estacionarios, y el que cae en ellos no se mueve ni hacia atrás ni hacia adelante. Tú, aun cuando realmente hubieras vivido otra vez, estate seguro de ello, nunca habrías sido fraile, nunca habrías podido ser más que... lo que eres ahora.

Respecto al nombre, hubo quien dijo que *Pascual* debía de ser un sinónimo ó un anónimo ó un seudónimo (poco importa, porque ni tú ni yo entendemos de numismática) ó un anagrama ó... Esto de *grama* no lo tomes por alusión ofensiva, porque no es verde, sino griego.

Otro extrañaba que de haberte firmado Pascual, no te hubieras puesto Pascual Bailón; pero yo luego caí en la cuenta, y es claro, tu modestia no te lo ha permitido; porque

como no es bueno mentar la sogá en casa del ahorcado, de seguro dijiste para tus botones: si me pongo Pascual Bailón, me van á decir ¡que bañe!

Y el caso es que no has adelantado nada, porque casi todos lo dicen.

Y dicen más. Hay quien dice que mientras en estas cartas aparentas burlarte de la filosofía alemana, por el bien parecer has escrito en otro periódico un artículo casi célebre, en alemán puro, cosa que yo á la verdad no puedo explicarme, á no ser que el artículo aquel te le hayas encontrado, ó á no ser que no tengas ideas fijas, ni sin fijar, en ese asunto... ni en los otros, porque de esto también se dan casos.

¿No te acuerdas de aquel presidente y aquellos secretarios de mesa electoral que, allá cuando estaba mandado que consignasen sus ideas políticas pusieron lisa y llanamente: presidente, *sin ideas*; secretarios, *lo mismo*?

Pues átatela al dedo... Ya ves, aquellos no sabrían menos, pero eran más francos.

Por lo demás, el artículo aquel casi célebre lleva de firma la primera letra del alfabeto, y por eso hay quien dice que te llamas A... aunque yo creo (y en este mismo sentido of expresarse á un individuo de la Comisión de

Monumentos) que debes llamarte ¡¡Ah!!!! con hache y media docena de admiraciones, porque te encuentro verdaderamente admirable.

Chico, ¡qué erudición la tuya! Te digo de veras que estoy orgulloso de ser tu tocayo.

Eres un hombre universal.

Los de la Comisión de Monumentos se ríen mucho de ti y de que en tu segunda carta te hagas el interesante y el temible, ó como alguno de ellos ha dicho, el *enano de la venta*, suponiendo que la primera les había puesto, como dicen los franceses, la carne de gallina. Pero aunque se ríen es porque no digan, y tú ten por seguro que no dejará de andarles la procesión por dentro.

A más de que tú tienes salida para todo, porque te pones un día y le fastidias á uno en prosa, y vuelves otro día y le fastidias lo mismo otra vez en prosa, y al tercer día si se te antoja le fastidias en verso. *Velai* lo que tiene servir para todo.

Ello sí, las prosas tuyas no serán buenas, de hecho no lo son; pero en cambio los versos ¡ah! lo que es los versos son rematadamente malos, son un delito de lesa retórica y poética y hasta de leso-sentido común, delito que no se sabe cómo el *ministerio fiscal* no persigue de oficio, pues de seguro se han formado causas por otros menores.

Porque mira, en tus versos, llamémosles así por no llamarles berzas, confundes el asonante con el consonante y los empleas indistintamente, y unas veces conciertas *perra* (¡perros de versos!) con *tierra*, que es consonante, y otras con *lenteja*, que es asonante, y ni has hecho cuartetos, porque para esto debían estar concertados en consonante todos, ni has hecho un romance en *ea* porque para esto debiste dejar libres los versos impares, que también has concertado unas veces en consonante y otras en asonante, según salía.

En fin, tocayo, que no sabes lo que has hecho, ni sabes por donde andas, y cualquier mal estudiante de retórica puede hacerte burla.

Todo esto dicen; y aunque ya debes suponer que mucho de ello es envidia, mas por si acaso no te vuelvas á meter á hacer versos, ni ninguna otra cosa que no sepas, que deben de ser muchas.

En lo que has tenido verdadera fortuna es en hallar un periódico tan acomodado para tus lucubraciones y al cual se ajustan éstas, según frase del poeta.

Como se ajusta la pupila al ojo.

porque en eso de no entender las cosas corréis parejas colaborador y colaborado.

Y si no mira: según he oído decir á los señores redactores, allá en tiempos escribía para *El Bernesga* unos *Ecos de Madrid* un tal Julio Nombela, que no era largo sastre, pero, vamos, era un escritor culto; y un día daba cuenta de cómo se había representado á beneficio de los inundados de Murcia la comedia latina de Plauto titulada *Captivi*. Y ¿qué hace *El Bernesga*? No le sonó eso de Plauto, porque sin duda no había oído hablar de él, recordó haber oído hablar alguna vez de *Platón* (que para vuestra inteligencia fué un filósofo griego), y enmendó el original en tres partes, poniendo tres *Platonos* en lugar de tres *Plautos*, y levantándole al pobre Platón la calumnia de haber escrito una comedia latina.

Ya ves si cuadran bien en ese periódico tus aventuras literarias.

Y á cuento de esto, ó aunque no venga, porque tampoco vienen otras cosas que cuentas tú, te voy á referir otra anécdota histórica é interesante que he oído á uno de los señoritos. Parece que se encontraron el año pasado en el Casino de Madrid dos antiguos generales progresistas, y el uno le dijo al otro, queriendo enterarse de cómo iban los trabajos políticos de su partido, los trabajos de conspiración, que no iban muy bien por cier-



to, pues acababa la policía de prender á uno de los jefes:

—Hola, Juan. ¿Qué hacemos?

—Chico, nada; lo de Hipócrates: tejer y destejer.

—Mira, hombre, por Dios, no te metas en la Biblia, porque te vas á volver loco.

Donde verás que el uno confundía á Hipócrates con Penélope, y el otro creía que Hipócrates y Penélope eran personajes bíblicos.

Y entre paréntesis: ¡Qué par de colaboradores para *El Bernesga!*

Tampoco has hecho bien en pronunciarte contra el Torreón del Hospital de San Antonio, ni en meterte en honduras sobre si tiene ó no tiene mérito. Porque á ti y á mucha gente os pasa una cosa; que no os parece hermoso más que lo blanco. ¿Qué sabes tú el mérito que tiene aquello, ni si produce buen ó mal efecto á la entrada de la ciudad?

Lo mismo hacen en todas las aldeas: dan de blanco á las puertas y á las ventanas, única sillería que tiene la casa, porque no les gusta el color aquel rojizo, y dejan la mampostería al descubierto.

«¡Insípido monumento!»... Al fin, de Azadinos.

Pero en lo que también has estado deplorable es en la resolución del conflicto de las

obras de la Catedral. Convenido en que así, como tú, le resolvería cualquier alcalde de monterilla; ¿pero dejaría por eso de ser una alcaldada?

Parece mentira que seas de justicia.

Sobre este punto no des vueltas; el conflicto está resuelto de la manera mejor, y el causante no volverá por aquí afortunadamente, á menos que no suban al poder los liberales y te hagan á ti ministro de Fomento, lo cual no me parece probable. Dirás que se han visto cosas muy raras, y es verdad, pero eso ya sería demasiado raro.

Por último, chico, y voy á concluir, porque esto se va alargando demasiado; no te alabo el gusto en aquello de hablar como una persona inteligente de los atentados contra la plástica, la dinámica, la estética, etc., por que ¿qué se dirá de los que tú cometes contra la literatura y aun contra la gramática? A no ser que cuando escribías eso no te hubiera pasado por las mientes meterte á hacer versos... perrunos.

Porque ¡cuidado que haces unos versos!...

Y no es lo peor que tú hagas versos malos, que al fin y al cabo, si no has de abandonar las ocupaciones propias de tu carrera, nunca muchos podrás hacer, sino que te los imitan.

Porque, ya se sabe: en cuanto se presenta



## Cantos... rodados.

Donde menos se *piensa*...

Sí, donde menos se *piensa* (con letra bastardilla), que es en cualquier partido liberal apartado del presupuesto; donde menos se *piensa*, salta... no diré la liebre, porque con la nueva ley de caza y la veda y la sociedad de animales protectora, ya casi no las hay; pero donde menos se *piensa* saltan media docena de *poetas*, vamos al decir, que le tiran un *canto* al lucero del alba.

Ó á cualquiera de los luceros del partido.

Y nada; contra semejantes agresiones no hay defensa posible. No vale ser monstruo, ni ser de pocos estudios, ni tener mala intención, ni ser mujer siquiera. No se escapa nadie sin su cantazo correspondiente.

Se ha dado un caso que no deja lugar á la duda, ni á la esperanza.

El lugar del siniestro ha sido Antequera, por donde dicen que sale el sol en ocasiones cuando alguno, verbigracia, de quien se podía esperar una barbaridad, hace una cosa de provecho.

Digo que *dicen* que sale, porque la verdad es que yo no le he visto nunca, ni en nuestros días se ha dado ese consolador fenómeno político.

Siempre que hemos esperado un mal, por ejemplo, un mal gobierno, ha venido ese mal, un poco mayor de lo que se esperaba, eso sí; pero el más y el menos no cambian la esencia de las cosas.

Hubiera salido el sol por Antequera, verbigracia, el día en que Romero Robledo hubiera pensado igual que el día anterior en política, ó el día en que Silvela hubiera pensado de algún modo, ó el día en que el general Martínez Campos...

Pero vamos al grano, digo, á las piedras.

El diario conservador que da cuenta de la desgracia ha puesto á la reseña el título de *Mosaico*, bien penetrado, sin duda, de que iba á presentar al público una colección de adosquines y demás cantos de diversos tamaños, formas y colores.

El preámbulo exculpatorio dice:

«Nuestro discreto (¿?) corresponsal de An-

tequera nos ruega que reproduzcamos las composiciones po... po... (¿po qué?) poéticas (!) que, en honor (hasta cierto punto) de nuestros ilustres amigos, circularon (rodaron casi) en aquella ciudad el día de su llegada, y no debemos desatender su petición, por ser el que la hace persona (¿está usted seguro?) para nosotros tan querida.

«Quebrantamos... (la cabeza á la poesía y al buen gusto: este verbo está bien traído) por complacerle nuestra costumbre de no insertar versos; pero vaya en gracia... (no, señor; en desgracia, querrá usted decir) por una vez la novedad, ya que sin pretensiones (¡pues podían tenerlas!) llegan á nuestras puertas aquellos modestos (?) jóvenes á quienes su buen deseo ha *impulsado* á buscar inspiración (y á no encontrarla) en su entusiasmo para cantar *en rima*...»

¿Cantar en rima?... Será *en rama*, que es como se dice que están los algodones, las lanas y otras excrecencias cuando están en bruto.

«He aquí los versos», dice luego el diario conservador, como si dijera he aquí el cuerpo del delito.

El que tira la primera piedra, sin estar, por supuesto, libre de pecado literario, es un poeta, y perdone la calumnia, que se llama

Moreno, del color del canto que dispara, que también es bastante moreno, negro casi.

Se dirige á la ilustre consorte de un personaje político, pues en casos tales ni las señoras se libran de una pedrada.

En cambio se va á librar del análisis el canto de Moreno por la consideración de haber sido asestado contra una señora, y vamos adelante.

El segundo *canto* tiene la forma de soneto, y va dirigido contra «el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo (Dios le haya perdonado sus muchísimos pecados literarios y políticos), con motivo de su visita á esta ciudad».

El apedreador de D. Antonio se llama Fernández, y apedrea así:

«¿Quién el cantor será de aquella historia  
Que vuestro nombre eternizó potente?»

EL ECO: ¡tente!

Pero ¡ca!... el poeta no hace caso del eco ni de nadie; se ha propuesto descubrir las historias de D. Antonio, y sigue:

«¿Quién osará elevar su humilde frente  
Al ver la majestad de tanta gloria?»  
(¡Cuidado no te caigas en la noria!...)

No, esto no crean ustedes que es la continuación del soneto, aunque lo mismo pudiera

ser; esto es una advertencia que he querido yo hacer al poeta, por lo que le pueda servir.

El soneto sigue de este otro modo:

«¡Empresa es de verdad! y de ilusoria...»

¿En qué quedamos, Sr. Fernández? ¿Es de ilusoria ó es de verdad?

Hombre, ha de ser Ud. más formal, y no decir tan pronto una cosa como otra.

«¡Empresa es en verdad! y de ilusoria  
Se torna mi esperanza en impotente...»  
(Pues llámela usted hache buenamente.)

Sí, llámela Ud. hache, porque de ilusoria á impotente, no va el salto de un perro.

«No obstante que mi espíritu presente  
Por qué se inmortaliza la memoria.»

No obstante que no lo entendemos, ni Fernández ni yo, sigamos. Hay que apurar el cáliz de los ripios hasta las heces:

«La humanidad, la ciencia...»

¡Ahora sí que sale!... La ciencia, la humanidad... Este Fernández no va á dejar títere con cabeza.

«La humanidad, la ciencia, en ritmo cierto  
(¡Estoy temiendo que le llame tuerto!)  
Proclama vuestro genio sin segundo.  
(Es verdad, tuvo un genio furibundo.)  
Que hace brotar la luz do está lo incierto:  
Por eso se levanta del profundo...»

¡Ca! Ya verá Ud. cómo no se levanta.

Un ¡hosana! que dice en su concierto  
Vuestra patria, señor...

Puntos suspensivos, que buena falta hace descansar.

Ahora verán ustedes lo que sale después del descanso.

«Vuestra patria, señor... es todo el mundo.»

¡Gracias á Dios! ¡Y qué descansado le habrá quedado á Fernández el entendimiento!

Ahí tienen ustedes á Don Antonio pintado por Fernández de dos pedradas: su patria es todo el mundo, porque lo proclama un *hosana* que se levanta del profundo, es decir, del infierno. ¡De allí han de salir los *hosanas* á Don Antonio, que lo que es de por acá...

Los que mejor le quieren le *cantean* de esa manera.

O de esta otra:

«En vuestra frente del *genio*  
Brilla gigante la llama.  
(Bien ha dicho Don Arsenio,  
Que el que no llora no mama.)  
Vuestro colosal talento  
Hace á la ciencia su esclava...»

Bien que lo diga Ud., Sr. Calvo (este apedreador se llama Calvo); y bien se conoce que la hace su esclava, ¡así la trata él, á baqueta!

Ahora verán ustedes otro canto disparado contra el menor y más morenito de los Silvelas, ó sea contra el más malintencionado de los Pacos conservadores (incluso el difunto perro que se llamaba así.)

No es una silva, con *v*, pero parece una silba con *b* de palo:

«¡Señor! si acaso ferviente...»

No, eso, nunca; ni por acaso. Paquito Silvela nunca será ferviente; siempre será frío como un hielo. Pero en fin... Sigamos:

«¡Señor! si acaso *ferviente*...»  
Veis que un pueblo se *aglomera*...»

Aquí tienen ustedes una *aglomeración* poética que por lo prosaica ha podido escribirla el conde de Cheste, el primer marqués de Valmar ó cualquiera de los académicos reinantes, á excepción solamente de algunos que no escriben, ni mal siquiera.

¡Oh, joven *Guerrero* (este apedreador de los Pacos y del sentido común y de las Musas, en consonancia con sus instintos destructores, se llama *Guerrero*, y además *Delgado*), tú llegarás á ser, si sigues apedreado así, tú llegarás á ser académico de la lengua.

Por ahí empezó Cánovas.

El cual tiene, por cierto, muy bien mere-

cida la pedrea que los *vates* antequeranos le acabáis de dar.

Lo mismo hizo él con la *luna*, y con la *golondrina*, y con otra porción de cosas contra quien dirigió sus juveniles *cantos*.

¡Bien empleado le está!

Quien siembra ripios, recoge tempestades literarias.

Lo mismo que le está bien empleado á Romero Robledo el siguiente soneto con que le han pegado en la frente.

Muy bien.

Tan bien, que, de aquí en adelante, para decir que ha caído bien una cosa, ya no se dirá «como pedrada en ojo de boticario», sino como soneto en cabeza de conservador.

El soneto ó el *canto* es de esta figura:

«AL EXCMO. SEÑOR

DON FRANCISCO ROMERO ROBLEDO

con motivo de su visita á esta ciudad.

«Yo os saludo, señor; y no os afrente...

¡Hombre, por Dios! ¿Por qué le ha de afrentar que usted le salude?

¡Digo! ¡Y qué idea tendrá este guerrero (es el mismo *guerrero delgado* de atrás) de los saludos conservadores!...

La verdad es que hay saludos, sobre todo si son en verso, capaces de afrentar á cualquiera.

«Yo os saludo, señor; y no os afrente  
Si arranco á mi laúd vagos clamores.»

En primer lugar eso no es verdad, porque usted no tiene laúd; ¡qué ha de tener usted! Y en segundo lugar, lo que arranca usted son los cabellos á la pobre retórica, que ningún daño le habrá hecho á usted probablemente, más que, si acaso, ocasionarle á usted alguna encerrona de pequeño.

Pero sigamos:

«Que ellos...»

Los vagos clamores arrancados, no se olvide.

«Que ellos son ¡ay! los lauros y las flores  
Que puedo yo ceñir á vuestra frente...»

¡Vamos! ¡Mire usted que llamar *lauros* y *flores* á unos *clamores vagos* y *arrancados*!

Pero siga usted. Al cabo ya ¿qué podrá ser? Ó ¿qué podrá usted decir peor que lo que ha dicho?

«Pasad y oiréis al festival torrente  
(EL ECO: ¡Ente!)

De este pueblo que fiel, entre vitóres...  
(¡Y qué prosodia gastan los señores!)  
Va regando, señor, vuestros favores...»

Vamos, hombre, por Dios, que esto ya pasa de castaño oscuro. ¡Mire Ud. que regar favores!... En esas tonterías gastan en algunos pueblos el agua.

Y luego empezaba Ud. diciendo al ex-pollo que no le afrentara su salud de usted! ¿Qué ha de hacer más que afrentarle un salud con todos esos riegos?

Toca á concluir, y dice:

«Pues... lo juro...»

No, no, no jure Ud., que es pecado jurar en vano. Y harto ha pecado Ud. ya, sin que añada otro pecado jurando.

Pero aún falta otro canto, no menos soneto, es decir, no menos redondo, disparado por Campos y Simón (dos nombres distintos y un solo mal poeta), contra el mismo don Paco.

La dirección es la misma que la del *canto* anterior, no en diagonal, como las miradas de Cánovas, sino de frente; sólo que éste lleva delante un rengloncito que dice: *Alegoría*.

Vamos á ver:

«Ruge la tempestad, y misterioso  
Su aliento agita el aquilón potente;  
Y sus cataratas mil de luz candente (!!!)  
Cruzan la altura con fulgor fragoso.»

¡Eso es! Como si dijéramos con fulgor de aquel redactor que fué de *La Iberia* y autor del artículo titulado: *Volvamos en sí*.

«Ruge la tempestad (*bis*) y del furioso  
Mar agitado por feroz tridente, (!)  
Algida, horrible, insólita (¿nada más?) corriente  
En valle cambia el piélagos espantoso  
(*¡Hombre, no haga usted el oso!*)  
Mas si avanza la noche tenebrosa  
(*Ni tampoco la osa*)  
Y los rayos penetran por doquiera...  
(*Menos por tu mollera*)  
Y la tierra retiembla pavorosa...»

Figúrense ustedes lo que pasará entonces...

Pero, en fin, repito que les está bien empleado á todas las víctimas de los *cantos* conservadores y rodados de Antequera.

△ D. Antonio, porque también él disparó cantos de esa clase.

A Paquito Silvela, porque también él, á lo menos con la intención, está siempre apedreando.

Y á Romero porque, aun cuando no ha hecho versos nunca, ni siquiera malos, apedreó también á las instituciones escribiendo ó mandando escribir á Ducazcal aquello del ministerio de Hacienda.

Con que, justo castigo á su perversidad, como él dijo.